

Mi hermano y yo éramos ricos, pero en todo lo demás no teníamos nada en común. A él le encanta viajar, coleccionar joyas y siempre estaba enamorado aunque nunca se casara. Después de la guerra yo me hice un ermitaño, tenía una inmensa biblioteca y me pasaba meses y meses sin intercambiar palabra alguna. Estaba la mayor parte del tiempo en el ático, leyendo, y trabajando en el pequeño jardín.

Mi rostro había quedado destrozado en la guerra y, a pesar de la cirugía facial, era horrible de ver. Por suerte, mis ojos estaban intactos.

John vagabundeaba alrededor del mundo y, con frecuencia, pasaba muchos meses sin oír hablar de él. Un día, para mi sorpresa, el cartero trajo a mi Torre de Marfil una carta con sellos españoles. Cuando abrí el sobre descubrí que era de John. Decía:

Mi querido hermano:

Durante tres semanas he sido el huésped de la dama más hermosa del mundo, la condesa Peroni. Ella ha sido muy amable conmigo y yo estoy completamente enamorado. Realmente se ha comportado de una manera muy tierna y comprensiva, pero se ha negado a casarse conmigo. Ayer me dijo que si permanecía otra semana con ella podría cambiar de idea.

Mide un metro y setenta centímetros. Siempre se protege la piel del sol con crema y con una sombrilla de seda. Sus manos harían las delicias de un escultor como Rodin, y es una delicia contemplar sus pies calzando zapatos de tacón alto. El Castillo Peroni se encuentra a los pies de los Montes Pirineos. Es muy viejo y está cubierto de hiedra. Te remito un mapa de España en el que se muestra la carretera desde Madrid al castillo.

Te escribiré de nuevo la semana que viene. Si me caso me gustaría que te reunieras con nosotros y fueras mi padrino.

Tu hermano, John.

Yo conocía lo suficiente de la vida como para saber que todo hombre enamorado siempre piensa que su dama es la más bella del mundo. Por lo menos lo creen así hasta varias semanas después de la boda; pero John era como una abeja zumbadora, volando de una flor a otra, incapaz de permanecer mucho tiempo con la misma. Pensé que abandonaría el Castillo Peroni con el corazón roto, pero que se recobraría a las pocas semanas cuando encontrara la siguiente mujer más hermosa del mundo.

No volví a recibir noticias tuyas en un mes. Empecé a preocuparme y finalmente decidí viajar a España para intentar descubrir qué le había ocurrido a John. En Madrid llamé al embajador norteamericano y me presenté ante él, mostrándole la última misiva que me había enviado John. Leyó la carta y luego me la devolvió.

—Es muy interesante, señor Morgan —dijo—. Su hermano es el sexto hombre que ha sido huésped de la condesa Peroni durante este último año. Todos eran americanos, ricos y aficionados a las joyas. Van al castillo, permanecen allí varias semanas y se van; destino desconocido. Sus familiares no han vuelto a tener noticias tuyas. Yo he contactado con todas las embajadas de Europa pero no he podido localizarles.

—¿Cree usted que ella tiene algo que ver con sus desapariciones?

—No. La llamé un día y ella me contó su historia. Uno tras otro la visitaron, se enamoraron, le regalaron joyas y la pidieron en matrimonio. Marcharon hacia Francia cuando ella se negó a casarse. Entiendo por qué se enamoraron de ella, ya que es la mujer más hermosa del mundo, por detrás de mi esposa, que ha sido una maravillosa compañera desde hace veinte años.

—La haré una visita —dije—. Quiero saber algo más sobre mi hermano.

El embajador se rió.

—Vaya con cuidado, señor Morgan. Puede ser el séptimo.

—No hay peligro. Ninguna mujer, después de ver mi rostro, querrá que yo sea su huésped. Compraré un coche, me acercaré al castillo, pasaré una hora con ella y luego regresaré a Madrid para informarle.

Me acerqué a una joyería y elegí un collar como presente para la condesa. Luego compré el coche, consulté mi mapa e inicié el viaje al castillo.

Estábamos en verano y aquella región de España era muy hermosa. Recordé el viejo dicho que afirmaba que incluso los harapos de los mendigos parecían bonitos. Era bien cierto, pero debajo de los harapos veía pobreza y hambre.

El Castillo Peroni era muy viejo. La hiedra que cubría sus muros le ayudaba a camuflarse con las cercanas y sombrías montañas. Estaba rodeado por una alta muralla, y entre ésta y el castillo se erguía un bosque de árboles perennes. El foso estaba seco. Por encima había un puente levadizo y el portón estaba abierto.

Enfilé el coche al interior de un patio cubierto de piedras blancas y lisas entre las que crecía el musgo. Por todo alrededor había jardines y árboles verdes. El canto de las aves rompía el silencio y algunas palomas blancas se elevaron en el aire y planearon

alrededor de la torre mayor. Me sentía impresionado por la paz y la belleza del lugar.

—Qué lugar más adorable para una dama hermosa —pensé.

Una mujer gigantesca salió del castillo y me preguntó lo que quería.

—He venido a presentarle mis respetos a la condesa Peroni —respondí—. Dígale que Peter Johnson ha viajado desde Nueva York para verla.

—Espere en el banco de mármol —dijo—. Anunciaré su llegada a la condesa.

Me senté en el banco mientras una brisa suave me traía aromas de flores, y el canto de los pájaros y el murmullo de un arroyuelo cercano. A los pocos minutos oí el golpeteo de unos zapatos de tacón sobre las piedras del patio y vi a la condesa Peroni.

Los desvaríos de mi hermano sobre su belleza no eran nada exagerados. Tenía el pelo negro, cubierto con una mantilla de encaje, y una piel suave que protegía del sol con una sombrilla. En seguida entendí por qué todos sus huéspedes se enamoraban de ella. Se sentó a mi lado, esbozó una sonrisa y dijo:

—Estoy encantada de conocerle, señor Johnson. Llevo una vida solitaria y aislada del mundo. Los visitantes siempre son bienvenidos.

—He viajado hasta aquí, condesa, para ensalzar su belleza. Poseo un pequeño jardín en la azotea de mi casa pero no es ni mucho menos tan grande y hermoso como el suyo. Está a treinta y cinco pisos por encima de la calle, así que no oigo el ruido del tráfico. Al otro lado de la calle se eleva otro edificio de apartamentos. Todos los años anidan en el tejado una pareja de águilas y sacan adelante una familia. Los colibríes revolotean por mi jardín y toman el néctar de las flores. Muchas veces descansan sobre una rama y me hablan de su belleza. Mientras les escuchaba me preguntaba si estarían diciendo la verdad. Creía que ninguna mujer podía ser tan hermosa como ellos proclamaban pero ahora sé que sus cantos eran verdaderos.

—Qué bonito, señor Johnson. Ningún hombre me ha dicho nada tan hermoso. ¿Es usted poeta?

—No, pero mirándola siento que podría escribir un poema sobre usted, un hermoso poema sobre una dama hermosa. Cuando esté de vuelta en mi jardín escribiré ese poema y se lo enviaré. No le ofreceré mi amor pues sé que ninguna mujer querría mirar dos veces a un hombre con el rostro desfigurado. Sólo me quedará una hora, ya que cada minuto de más sería frustrante y doloroso.

—Pero Vulcano enamoró a Afrodita a pesar de su deformidad.

—Pero yo jamás conseguiré el amor de una dama como lo hizo Vulcano. Le he traído un presente, un collar con una perla. Ésta se formó con las lágrimas de los hombres que se fueron cuando descubrieron que no podían romper el anillo de fuego que la rodea. Cuando me vaya, dejaré mis propias lágrimas.

—Es un collar muy hermoso, pero si permanece más de una hora conmigo no tendría por qué derramar ninguna lágrima. Otros hombres han pretendido mi amor, pero nadie me ha hablado como usted lo ha hecho. Por favor, quédese y cánteme una canción. ¿Sabe tocar el laúd?

—Tenía uno pero las cuerdas estaban rotas.

—Yo dispongo de uno que puede usar.

—El tiempo pasaría alegremente pero terminaría de manera dolorosa. Una parte de mí quiere quedarse, pero otra más poderosa me dice que me vaya antes de que se me rompa el corazón.

Durante un instante ella pareció triste y el sol se ocultó tras una nube blanca y alargada. Luego volvió a sonreír y el jardín se llenó de nuevo del resplandor del sol.

—Antes de que se vaya —dijo—, debo contarle una historia, una historia sobre mi vida. ¿Se la han relatado ya los pájaros de su jardín?

—No. Ellos sólo cantan su hermosura.

—Sabias aves que no han querido revelar mi secreto. Mis padres murieron cuando yo era muy joven. Después, la mujer gigantesca que usted ya ha visto se encargó de mí. Ella ha sido mi niñera desde que yo era un bebé, por lo tanto es una parte muy importante de mi vida. Cuando contaba diecisiete años tuve un gran amor. Me entregué desinteresada, y con poca prudencia. Cuando le comuniqué que íbamos a tener un niño él dijo que me abandonaría y marchó a ensillar su caballo. Le dije que esperara mientras le traía una copa de vino. Se la bebió y murió.

»¿Cree usted que una dama hermosa con un alma cándida podría envenenar al padre de su hijo? Ana le enterró en una zona apartada del jardín sin las bendiciones del cura.

»Después de aquello despedí a todos los criados varones y los reemplacé por mujeres, y la que un día amó a un hombre empezó a odiarlos a todos, con un odio profundo y devorador. Unos meses después mi hijo nació y murió en el transcurso de una simple hora. Ana y yo misma le enterramos cerca de su padre y pusimos una cruz de mármol blanco sobre el sepulcro, aunque la tumba del hombre no tenía ninguna marca.

»Todo esto sucedió hace un año. Desde entonces he tenido seis huéspedes. Me

cortejaron y me regalaron joyas. Yo les engañé con palabras dulces. A las pocas semanas me aburría y me deshacía de él. Me deshice de seis hombres, pero no los maté, simplemente quería venganza. Usted es diferente, un hombre bueno y amable, y estoy segura de que entenderá por qué hice lo que hice, y me juzgará con simpatía. Siento que tenga que irse tan pronto, pero antes de que se vaya le contaré el resto de la historia. Sé que no me traicionará y que le interesará mucho lo que va a ver.

Me llevó a una zona apartada del jardín, rodeada en tres de sus lados por unos altos árboles de cicuta y, en el otro, por un banco de mármol. A un lado del banco se erguía una pequeña cruz blanca. Se sentó en el banco, protegiéndose el rostro con la sombrilla.

—Siéntese a mi lado —dijo— y dígame lo que ve.

—Hierba y seis bolas de unos veinte centímetros de diámetro y separadas unos cuarenta centímetros entre sí. Las bolas parecen estar cubiertas de pelo.

Ella rió y se palmeó las manos.

—Una respuesta casi perfecta. Tan sólo ha errado en una cosa. Las bolas son cabezas; es todo lo que sobresale de la tierra de mis seis amantes. Llegaron, me regalaron joyas, y cuando me cansé de ellos los puse a dormir. Ana cavó un profundo agujero y los emplazamos dentro. Cuando despertaban podían verme, oírme y hablar conmigo. Le sorprendería los insultos que me lanzaban. Un lenguaje tan soez que ninguna mujer respetable debería oír.

»Quería que vivieran todo lo posible, así que cada día les alimentaba y les daba vino. Por la noche les cubría con una manta pues no quería que se resfriaran. Para que sintieran que estaba cerca de ellos caminaba sobre sus cabezas durante todo el día. Le mostraré cómo lo hago.

Fue hasta un extremo de la hilera, puso un pie sobre la primera cabeza y comenzó a andar de una a otra, portando el parasol en una mano y tratando de mantener el equilibrio con la otra. Mientras andaba no paraba de reír. Luego regresó y se volvió a sentar a mi lado.

—Me llevó algún tiempo aprender eso —dijo—. Al principio me resbalaba y a lo mejor clavaba la punta de mis tacones en un ojo. Siempre lo sentía mucho cuando ocurría, ya que en realidad no quería lastimarlos. Además, cuando murieron ya no sentían dolor.

»Los pobrecitos están ahora todos muertos y mañana le diré a Ana que los cubra con un montón de estiércol y que plante violetas sobre ellos. Espero que ya no venga ningún otro hombre a herirme. Una dama se cansa y quiere que la dejen sola. ¿Qué piensa de mi historia, señor Johnson? Espero que no me eche una reprimenda, pues

tan sólo soy una niña y eso me haría llorar.

—Jamás he escuchado ni leído una historia similar. No hay duda de que ha hecho lo que tenía que hacer. Creo que es hora de partir.

—Gracias por ser tan amable y comprensivo. Le acompañaré hasta el coche.

Caminamos sobre las losas de piedra y sus pequeños pies repiqueteaban y repiqueteaban. Cuando llegamos al coche le dio una patadita al guardabarros.

—Qué coche más bonito. Jamás he montado en uno.

—Permita que le dé una vuelta en él; quince kilómetros de ida y otros tantos de vuelta.

—Estoy segura de que me encantará.

La ayudé a subir al coche, di media vuelta y dirigí el automóvil hacia el puente con mucha lentitud pues deseaba tener tiempo para pensar. Pronto llegamos al paraje en el que la carretera se abría paso por entre una ladera escabrosa. A la izquierda la montaña se erguía casi horizontal mientras que a la derecha caía en un abrupto precipicio. A lo lejos, en el fondo, se levantaba una pequeña casita de cuya chimenea salía una ondulante columna de humo.

—Qué vista más hermosa —dije—. Salgamos para disfrutar de ella. Seguro que aquella casa está habitada por campesinos.

Nos paramos al borde de la carretera.

—Eche su brazo a mi alrededor, señor Johnson. No me gustaría caerme. Conozco a la familia que habita aquella casita. Se trata de dos niños y sus padres. Les mando comida dos veces al año. Siempre he querido visitarles pero nunca lo he hecho.

La llevé al mismísimo borde de la carretera.

—¿Y por qué no les visitamos ahora? —sugerí—. No tardaremos casi nada en llegar. Pero antes de bajar debo decirle algo que le interesará. Mi verdadero nombre es Morgan y no Johnson. Uno de los hombres que usted ha enterrado es mi hermano.

Le di un pequeño empujón y me quedé mirando cómo caía, rebotando de roca en roca como un balón de goma. La última vez que la vi seguía llevando en la mano la sombrilla de seda.

De vuelta en Madrid hablé con el embajador.

—Estuve una hora con la condesa —le dije—. Su jardín era muy hermoso. Aquí tiene un mapa de una parte de él. Creo que si va allí con algún policía español sabrá lo que le ocurrió a mi hermano y a los otros cinco hombres. Permaneceré en Madrid hasta su regreso. La condesa es una dama hermosa y muy amable. Cuando la dejé iba a visitar a una familia de campesinos, la mujer, su esposo y dos niños. Muchas veces les ha mandado comida y quería conocer a los pequeños.